FRANCIE CATE-ARRIES

EL KRAUSISMO EN *DOÑA LUZ* Y *PEPITA JIMÉNEZ*

La relación de escritores españoles que trataron del krausismo en sus obras es incompleta sin el nombre de Juan Valera (1824-1905)[1]. La filosofía alemana figura no sólo en la ficción valeriana sino también en muchos de sus ensayos y cartas. El literato andaluz no adopta el krausismo como sistema filosófico

[1] En la literatura española la mayor abundancia de formulaciones krausistas se dan en las novelas de Galdós *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1876-1877), *La familia de León Roch* (1877) y *El amigo Manso* (1882). «Clarín» incorpora al profesor krausista en tres cuentos suyos escritos en 1881: «El doctor Pertinax», «La mosca sabia» y «Doctor Angelicus». En otras tres historias de «Clarín» —«Zurita» (1884), «Don Emerguncio» (1885) y «Ordalías» (1886)— es también un krausista quien es el protagonista. Pereda escribe sobre los krausistas aunque desde un distinto punto de vista de los expresados en las obras de Galdós y «Clarín». Su poca simpatía hacia los krausistas se destaca en el tipo de intelectual desarrollado en «Un sabio» (1877). Para una amplificación de estos detalles y para la relación de la literatura de la época con el krausismo, véase el capítulo «Política y literatura: la imagen literaria del krausista», en el libro de Juan José Gil Cremades, *Krausistas y liberales* (Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975), págs. 123-246. Una visión general de la relación de Valera con el krausismo puede verse en el artículo de Joseph Arboleda, «Valera y el krausismo», *Revista de Estudios Hispánicos,* 10 (1976), 139-148. El estudio fundamental sobre el krausismo español continúa siendo el de Juan López-Morillas, *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual* (México, Fondo de Cultura Económica, 1956). Puede consultarse también del mismo autor *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología* (Barcelona, Ariel, 1972). Entre otros estudios sobre el krausismo español merecen destacarse el de Elías Díaz, *La filosofía social del krausismo español* (Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1973); y el libro de Fernando Martín Buezas, *La teología de Sanz del Río y del krausismo español* (Madrid, Gredos, 1977).

propio[2], pero a través de sus obras admira, defiende y apoya muchos de los ideales y actitudes krausistas. El propósito de este estudio es demostrar la presencia de la filosofía de Krause —conocida en España a través de la traducción del *Ideal de la humanidad para la vida,* hecha por Julián Sanz del Río— en dos obras de Valera, *Pepita Jiménez* (1874) y *Doña Luz* (1878). Valera escribió las novelas durante una época en que hervían en España distintas ideologías —religiosas, políticas, sociales— producidas en gran parte por la Revolución de septiembre de 1868. Refiriéndose a la creación de *Pepita Jiménez,* Valera señala: «Yo la escribí cuando todo en España estaba movido y fuera de su asiento por una revolución radical, que arrancó de cuajo el trono secular y la unidad religiosa... cuando todo en fusión, como metales derretidos, podía entrar en el molde y amalgamarse fácilmente... cuando más brava ardía la lucha entre los antiguos y los nuevos ideales»[3].

En esta coyuntura histórica se arraigó y difundió a través del país una nueva filosofía, el krausismo. El éxito y la influencia que tuvo la ideología en España en la segunda mitad del siglo XIX son comentados por Valera en un ensayo suyo que escribe en 1873: «Los jóvenes más aventajados, despiertos y elocuentes, casi se puede afirmar que siguen hoy en España la doctrina de Krause: los maestros de esta doctrina están en el poder; el influjo de esta doctrina no puede menos de sentirse en todo»[4].

La simpatía que Valera siente por los discípulos de Sanz del Río es la misma que tiene por todos los filósofos modernos que «pueden errar y yerran, porque aspiran, porque aman, porque buscan la verdad y a Dios en ella»[5]. Es esa «busca de la verdad», la aspiración de lo infinito, lo que aprecia Valera y que vuelve a

---

[2] En una carta escrita a Campoamor en 1865, Valera dice: «Aunque aficionadísimo a la filosofía, aún no he adoptado el sistema de nadie ni he tenido vagar ni discreción bastantes para forjar yo mismo uno que se ajuste a mi gusto, como de molde, como hecho de encargo y expresamente para mí», «Cartas al señor don Ramón de Campoamor sobre su libro *Lo Absoluto», Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1487.

[3] Juan Valera, prólogo a la edición norteamericana de *Pepita Jiménez* (Nueva York, P. F. Collier and Son, 1886). Cito por la reproducción en castellano de ese prólogo en la edición *Pepita Jiménez* de Manuel Azaña (Madrid, Espasa-Calpe, 1947), pág. 224.

[4] Juan Valera, «El racionalismo armónico», *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1515.

[5] Juan Valera, «Sobre la enseñanza de la filosofía en las universidades», *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1466.

alabar en su novela *Doña Luz:* «no merece censura, sino aplauso, el que... estudia con ahínco y con amor a la verdad, aunque se equivoque;... sólo yerra el que aspira, y que sólo da caídas mortales el que tiene arranque y valor para encumbrarse y subir»[6].

Algunos de los primeros ensayos en que Valera discute los méritos del krausismo son los que publica en el periódico *El Contemporáneo* en 1862. El año anterior, los profesores krausistas habían sufrido un fuerte ataque dirigido por el periódico neocatólico *El Pensamiento Español.* Bajo el título «Los textos vivos», el periódico publica una serie de artículos en contra de los catedráticos de la Universidad Central de Madrid y exige que el gobierno los saque de sus puestos universitarios. Valera, quien ve en peligro sus ideales, «la libertad filosófica, la libertad del pensamiento humano en las sublimes regiones de la ciencia»[7], sale en defensa de los pedagogos krausistas y refuta las acusaciones en sus ensayos:

> En España, esta sana, religiosa y moral filosofía se ha difundido y florece, merced a los esfuerzos de una persona respetable y generalmente estimada, del señor don Julián Sanz del Río, a quien no conocemos personalmente... pero cuya honradez, verdadera y profunda piedad, respeto a las leyes e instituciones de su patria, y entrañable amor a la virtud, a la ciencia, y a todo lo bueno y lo verdadero, nos complacemos en proclamar aquí altamente, declarando que no puede estar en mejores manos la férula de preceptor de nuestra juventud[8].

Valera no ve una incompatibilidad inherente entre los estudios filosóficos y la religión católica; escribe que «el estudio de la filosofía moderna no repugna a la religión católica» y por eso, «los señores catedráticos pueden admirar y seguir hasta cierto punto las doctrinas de Krause... sin dejar de ser católicos muy probados»[9]. En otro lugar volverá a dar énfasis en esta idea[10].

---

[6] Juan Valera, *Doña Luz, Obras completas,* t. 1 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 57.

[7] Valera, «Sobre la enseñanza de la filosofía en las universidades», pág. 1456.

[8] Valera, *Ibid.,* págs. 1467-1468.

[9] Valera, *Ibid.,* pág. 1456.

[10] Escribe que «los señores catedráticos de la Universidad Central pueden seguir en gran parte esa filosofía alemana, sin ser impíos, sin ser antirreligiosos» («Sobre la enseñanza de la filosofía en las universidades», pág. 1459).

Otros dos aspectos destacables de la ideología krausista que atraen a Valera y que le entusiasman, son el optimismo ante la vida y la vía racional de conocer a Dios en que se apoyan. Del primero declara Valera: «Una calidad sobre todas hay que aplaudir en la filosofía alemana y en el gran movimiento científico y literario que ha nacido de ella... que ejerce... una influencia benéfica en la ciencia, en la literatura y hasta en las costumbres y en la política de los pueblos neolatinos; una calidad que resplandece en casi todos los grandes pensadores alemanes... en Krause, tan honrado y tan amoroso... es el optimismo»[11]. La segunda característica de la filosofía que concuerda con la personalidad clasicista y moderada de Valera es el racionalismo. En cuanto a la realización del conocimiento divino, Valera señala que el krausismo afirma «filosóficamente un Dios personal y no una entidad abstracta», y que «toda la filosofía de Krause, tan difundida ya en España, no es más que un esfuerzo maravilloso de la razón para llegar a esa noción de Dios por medio de la filosofía racional, sin desesperar de ella y sin refugiarse en el sentimiento»[12].

La cuestión religiosa que hervía en los años sesenta y setenta del siglo pasado tiene mucho interés e importancia para Valera, sobre todo con respecto al conflicto existente entre la Iglesia Católica y las ideologías de las nuevas filosofías racionales y científicas. José Montesinos dice a este propósito que «hay en Valera algo que es eminentemente español... algo que Valera ha compartido largo tiempo con sus contemporáneos... Nos referimos al ansia de absoluto que contristaba y atosigaba a aquellos espíritus que no podían racionalmente asentir a los ideales ni vivir de las esperanzas del catolicismo tradicional, pero que no podían resignarse a vegetar en lo relativo y contingente»[13]. Valera busca la conciliación entre la fe católica y los ideales religiosos que ofrecen las filosofías modernas. Cree encontrarla en el concepto krausista de la relación entre Dios y el hombre, la cual llaman el panenteísmo. Confundido por los tradicionalistas y los neocatólicos con el panteísmo de Hegel, Schelling y Fichte, el panenteísmo es para Valera, una «reviviscencia de antiguos ideales místicos»[14]. La visión real que tienen los krausistas de Dios

[11] Valera, *Ibid.*, pág. 1466.

[12] Valera, *Ibid.*, pág. 1467.

[13] José F. Montesinos, *Valera o la ficción libre* (Madrid, Editorial Gredos, 1957), pág. 98.

[14] Montesinos, *Ibid.*, pág. 95.

«se parece a la que conciben los místicos cristianos»[15]. Fernando Martín Buezas también señala la influencia mística en el ideal religioso del krausismo: «El misticismo es otra de las constantes en los pensadores del krausismo español. Aunque a veces se lamenta el predominio del sentimiento sobre la razón en los estados místicos, generalmente se encuentran cercanos a esa línea y concordes con ella como una de las propiedades más definitorias de nuestro carácter»[16].

Valera comenta la relación entre el krausismo con la antigua mística en un ensayo escrito en forma de un diálogo entre tres personas, «El racionalismo armónico». El portavoz del autor, el krausista Filodoxo, explica que «los devotos del día... no se espantarían tanto si conociesen al menos estos pasajes de los *Nombres de Cristo,* de fray Luis de León: "Dios está tan presente a todas las cosas y tan lanzado, como si dijésemos, en sus entrañas, y tan infundido y tan íntimo, como está su ser de ellas"»[17]. Filodoxo concluye su comparación diciendo que «esas grandes ideas... pueden... conciliarse en Krause con la sana filosofía y con la verdad católica»[18].

El empeño de Valera en demostrar como el krausismo se enlaza con el misticismo está presente en la creación, en 1874, de su primera novela, *Pepita Jiménez.* Montesinos subraya el aspecto ideológico en su libro *Valera o la ficción libre:* «Que *Pepita Jiménez* era fruto de cogitaciones filosóficas del autor, que había ido vertiéndolas sobre el papel, casi sin darse cuenta de que era novela lo que escribía, es cosa sabidísima»[19]. El autor Valera elabora cómo se concebía su novela en el prólogo de la edición norteamericana, publicada en 1886. Escribe que «yo había sostenido antes que nuestros grandes teólogos dogmáticos habían sido más liberales que los liberales racionalistas del día»; también explica la prueba que quiere llevar a cabo, «que si Sanz del Río y los de su escuela eran panteístas, nuestros teólogos místicos de los siglos XVI y XVII lo eran también»[20]. Incitado por su interés

---

[15] Juan Valera, «Notas a "La metafísica y la poesía"», *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1681.

[16] Fernando Martín Buezas, *La teología de Sanz del Río y del krausismo español* (Madrid, Editorial Gredos, 1977), pág. 22.

[17] Juan Valera, «El racionalismo armónico», *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1534.

[18] Juan Valera, *Ibid.,* pág. 1534.

[19] Montesinos, *Valera o la ficción libre,* pág. 79.

[20] Juan Valera, *Pepita Jiménez,* prólogo a la edición norteamericana, pág. 225.

en probar su teoría, leyó «con fervor cuanto libro español, devoto, ascético y místico, me vino a las manos», y después de todo, quería «dar muestra al público español de ahora, lo que tenía olvidado» del misticismo, y «así nació Pepita Jiménez»[21].

Gil Cremades también indica en términos generales el papel del krausismo en la gestación de la novela: «Lo que importa a Valera es, pues, poner de manifiesto esa armonía entre razón y mística, entre vida y ascética, realizada, en parte, en el krausismo..., que tomará cuerpo en una situación novelesca: la de *Pepita Jiménez*»[22]. López-Morillas analiza el amor entre los protagonistas, el cual forma el tema del libro, y lo interpreta como «la síntesis de naturaleza y espíritu... de una naturaleza enaltecida por el espíritu y de un espíritu atemperado por la naturaleza». Según tal interpretación, «no habrá más remedio que aceptar... que Valera exalta en su fábula una imagen del hombre idéntica a la propugnada por los krausistas»[23].

El hilo de la filosofía krausista se sigue no sólo a través de *Pepita Jiménez,* sino también por la novela *Doña Luz,* publicada en 1878[24]. En las dos novelas valerianas, se perciben ideas krausistas en los órdenes más importantes de la vida humana, desde el mero nivel del ejercicio físico hasta el nivel de las ideas metafísicas más abstractas. Divido el estudio de esta presencia krausista en las dos novelas de Valera en los siguientes temas: la mujer, el matrimonio, la razón y el panenteísmo. En todos ellos se descubren las ideas de Krause y, al mismo tiempo, esos temas cubren un amplio aspecto de la actividad humana, revelando así la importancia de la filosofía krausista en casi toda la actividad de los personajes de Valera. Por otra parte, la unidad ideológica de *Doña Luz* y *Pepita Jiménez* permite que este estudio se pueda hacer considerando las dos obras a un tiempo.

---

[21] Valera, *Ibid.*, pág. 226.

[22] Gil Cremades, *Krausistas y liberales,* pág. 131.

[23] Juan López-Morillas, «La Revolución de Septiembre y la novela española», *Revista de Occidente,* 67 (1968), pág. 114.

[24] Se publica la novela *Doña Luz* dos años después de la expulsión de los profesores krausistas Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Nicolás Salmerón y otros de la Universidad y de la formación de la Institución Libre de Enseñanza. En este mismo año, aparece también *La familia de León Roch* de Galdós.

LA MUJER

Una preocupación fundamental en la doctrina krausista es la condición de la mujer. El *Ideal* propone la igualdad femenina e interpreta su realización como una primera etapa hacia la perfección armónica de la sociedad. Lamenta que esta «mitad esencial de la humanidad está hoy en unos pueblos oprimida y degradada, en otros postergada»[25]; no sólo rechaza la exclusiva superioridad tradicionalmente atribuida al hombre sino que también exige del varón el amor y respeto debidos a la mujer por la «peculiar excelencia y dignidad» de ella *(Ideal,* pág. 93). Estas características propias de la mujer postuladas por los krausistas se ven claramente en las protagonistas de *Doña Luz* y *Pepita Jiménez.* Se destacan en las dos mujeres la inteligencia, el afán de saber, un profundo sentido moral y la dignidad personal. Son figuras estimadas en sus sociedades respectivas y gozan del respeto de sus coetáneos. Doña Luz «había logrado infundir respeto y no odio; y las señoras y señoritas del lugar... solían tomarla por modelo, con lo cual los usos, costumbres y trato social se habían mejorado bastante»[26]; Pepita también «se ve en el día considerada y respetada extraordinariamente» (pág. 121). Su «peculiar excelencia» de mujer se manifiesta en sus superiores dotes mentales y en su sensibilidad. Pepita impresiona al joven seminarista Luis de Vargas por su «lucidez de entendimiento» (pág. 145), y hace al vicario jurar que «no ha conocido mujer más discreta ni más atinada en cuanto piensa y dice» (pág. 131). En las tertulias se muestra ser equivalente a los hombres; Luis se maravilla al ver a Pepita lucir «sus conocimientos agrónomos en competencia con mi padre, conmigo y con el señor vicario, que se queda con la boca abierta cada vez que habla Pepita» (pág. 131).

Doña Luz también es aficionada a las tertulias, en las cuales se discute de religión, ciencia y metafísica. Como Pepita, ella destaca en las charlas de una manera inesperada para los partici-

---

[25] Karl Christian Friedrich Krause, *Ideal de la humanidad para la vida,* con introducción y comentarios por Julián Sanz del Río (Madrid, Imprenta de F. Martínez García, 1871), pág. 93. En citas sucesivas se pondrá a continuación de las mismas, y entre paréntesis, el término *Ideal* seguido de la página correspondiente.

[26] Juan Valera, *Doña Luz,* en *Obras completas,* t. 1 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 37. Hago uso de esta edición y volumen de las *Obras completas* para todas las citas de *Doña Luz* y *Pepita Jiménez* que se incluyen en el texto; se pondrá a continuación de las mismas y entre paréntesis la página correspondiente.

pantes masculinos; el padre Enrique «no dejaba nunca de pasmarse del despejo, de la agudeza, de la notable discreción, de la fantasía poética y de la sensibilidad exquisita de su bella interlocutora» (pág. 74). En las reuniones donde «reinaba la más amplia libertad de pensamiento» (pág. 52) o fuera de ellas a solas con Doña Luz, el padre siempre halla nuevas cualidades superiores en ella: «un espíritu cultivadísimo y capaz de elevarse a las esferas encumbradas del pensamiento, y un corazón lleno de afectos tiernos, nobles y puros» (pág. 63). En esta alma donde «resplandecía un mundo de pensamientos... bellos», el sacerdote reconoce «un ser muy superior a cuanto le rodeaba y digno de predilección decidida» (pág. 64).

Según Krause, el hombre no sólo debe reconocer los derechos de la mujer e igualarlos a los del varón, sino también «mejorar su educación, haciéndola más real, más elevada, más comprensiva, para despertar en todos el reconocimiento de la dignidad de la mujer y cultivar en ésta todos los sentimientos sociales, y sus facultades intelectuales en relación proporcionada con su carácter y su destino» *(Ideal,* pág. 94). El padre Enrique se encarga del papel de educador de doña Luz, y lo desempeña con habilidad. El sacerdote, refiriéndose a su amistad con doña Luz confiesa que «yo me linsojeé de ser su maestro, su amigo, el depositario de sus ideas, el que oyese, moderase y avisase o templase a su placer las palpitaciones profundas de su corazón entusiasta». Se considera la única persona capaz de instruirla y guiarla: «¿Quién sino yo podía comprenderla... ordenar y aclarar sus vagos ensueños... interpretar los enigmas... señalarle el blanco adonde importaba dirigir oraciones y suspiros... acabar de abrir su razón, ansiosa de verdad... declararla el porqué y el cómo de las cosas... servirle de guía a su espíritu?» (pág. 92). El padre se compara a un «hábil jardinero» y compara el alma de doña Luz a una «planta nobilísima», diciendo en cuanto a ésta que «me propuse mejorarla más, purificarla de todo defecto y hacerla florecer y fructificar abundosamente en virtudes, conocimientos y perfecciones» (pág. 93).

Doña Luz sabe bien el valor de la educación y su importancia en la formación y mantenimiento de su dignidad personal: «Sentía profundamente la dignidad humana; pero suponía que lo claro y distinto de este sentimiento que había en ella más que en otras personas no dependía sólo de un don natural y gratuito, sino de una educación superior a la generalidad, y mucho más esmerada» (pág. 43). Como niña había sido educada por un aya inglesa, y

cuando pequeña «hablaba inglés y francés con perfección, y estaba muy instruida» (pág. 36). Siempre mantiene un deseo de aprender y sigue la idea sostenida por Krause de que «en el claro conocimiento de su destino, debe educarse a sí misma» *(Ideal,* pág. 33). Ella ama los libros, y no debe extrañarle a su amiga Manolita cuando ésta la encuentra una mañana absorta en una lectura comparada de Calderón y Alfredo de Musset (pág. 48). Pero doña Luz descubre la mejor manera de educarse y de satisfacer su sed de conocimientos a través de su amistad con el padre Enrique. Ella le considera un «pozo inagotable de ciencia» (pág. 57), un hombre en quien ve «ingenio, discreción y sublimidad en el pensar y en el sentir» (pág. 63). Doña Luz se anima por las frecuentes conversaciones amenas en que «siempre aprendía algo... en que siempre hallaba nuevas excelencias en el entendimiento... del padre» (pág. 74). Los coloquios tan instructivos y sublimes no se limitan a las tertulias en casa. A menudo los sostienen durante los paseos, siguiendo la tradición tan en boga entonces y practicada por los krausistas. En aquellos paseos tranquilos hablan de todo: «de la pompa exterior del material universo, y de la armonía, riqueza y orden que la adornan, proclamando la bondad, el poder y la sabiduría de quien le sacó de la nada» (pág. 64). A través del trato con el padre Enrique, «su afán de saber se despertó como nunca, comparándose con el padre y notando cuán ignorante ella era» e incitándole que hablase «con mil preguntas» (pág. 57).

Este mismo «afán de saber» se ve en el carácter de Pepita. Luis comenta en una carta escrita a su tío: «No sé qué libros habrá leído Pepita Jiménez, ni qué instrucción tendrá; pero de lo que cuenta el señor vicario se colige que está dotada de un espíritu inquieto e investigador, donde se ofrecen infinitas cuestiones y problemas que anhela dilucidar y resolver» (pág. 132). El vicario, «educado a la rústica..., se encuentra incapaz de instruir a Pepita como lo puede hacer el padre Enrique con doña Luz; los problemas metafísicos que le plantea Pepita le dejan «agradablemente confuso» (pág. 132). Pepita hallará la satisfacción intelectual y emocional no por una relación entre maestro y discípula sino por una relación entre marido y mujer situados en un plano de igualdad. El futuro esposo, el joven Luis, es un hombre que está de acuerdo con la educación femenina apoyada por los krausistas, y reconoce cuánto pueden mejorar a la mujer la ciencia y la instrucción hasta entonces restringida a los hombres; dice que conoce bien «lo que acrecientan el natural despe-

jo, lo que pulen, realzan y abrillantan la inteligencia de una mujer el trato de los hombres más notables por la ciencia, la lectura de buenos libros» (pág. 174). Luis estima la inteligencia de Pepita, y este aprecio y respeto de su dignidad y valor personal son el primer paso hacia el matrimonio feliz que realizan.

El matrimonio

Al elevar la dignidad de la mujer, del matrimonio ocupará un lugar de la mayor importancia en la sociedad. Krause señala que «hermanando la oposición primera y la más interior de nuestra naturaleza, la del sexo, viven unidos varón y mujer como un hombre superior para el cumplimiento solidario de todos los fines humanos» *(Ideal,* pág. 44); en otro lugar volverá a dar énfasis precisamente a esta relación armónica que debe existir entre casados: «la sociedad del varón y mujer en el matrimonio sólo es legítima... cuando hombre y mujer forman verdaderamente un individuo superior, un cuerpo y un alma» *(Ideal,* pág. 95). Se ejemplifica tal relación en el matrimonio entre Pepita Jiménez y Luis de Vargas. Pepita concibe su unión matrimonial como la fusión armónica de dos seres: «Yo había soñado una vida venturosa al lado de este hombre que me enamora; yo me veía ya elevada hasta él por obra milagrosa del amor; mi pobre inteligencia, en comunión perfectísima con su inteligencia sublime; mi voluntad, siendo una con la suya; con el mismo pensamiento ambos; latiendo nuestros corazones acordes» (pág. 159). El matrimonio feliz de los dos jóvenes se basa en un principio fundamental según el *Ideal:* «el amor personal de los individuos» *(Ideal,* pág. 149); Pepita y Luis están «enlazados por un amor irresistible» (pág. 191). Del mismo modo, el matrimonio ejemplar en *Doña Luz,* el de la hija del médico, Manolita, y Pepe Güeto, se apoya en el amor puro y genuino. Manolita defiende ante su amiga doña Luz su decisión de casarse con Pepe: «¿No ves que él se ha enamorado?... y ¿no calculas, por último, que yo le quiero también? Si no, ¿me casaría?» (pág. 49).

En la *Minuta de un testamento,* Gumersindo de Azcárate hace hincapié en otro aspecto importante en un matrimonio sano y feliz: el apoyo mutuo entre casados. El compañero de la vida de una persona debe ser alguien que «comparta sus alegrías y tristezas, no sólo sintiéndolas, sino también comprendiéndolas, pudiendo por lo mismo prestarle en las vicisitudes de la existencia,

a la par que el aliento que dan la simpatía y el cariño, el auxilio y el consejo»[27]. Luis halla este consuelo, apoyo y comprensión en su mujer, la cual le ayuda a mantener siempre una perspectiva equilibrada ante la vida; cuando él se siente triste al pensar en la existencia espiritual a la que se creía llamado y que ya nunca se realizará, es Pepita quien «acude solícita a disipar estas melancolías, y entonces comprende y afirma Luis que el hombre puede servir a Dios en todos los estados y condiciones» (pág. 193).

Según la doctrina krausista, el matrimonio de Pepita y Luis representa la unión ideal por haber sido construido sobre una base de profundo amor personal, igualdad y armonía. En contraste con el éxito y felicidad de esta unión está el fracaso completo que resulta del matrimonio de doña Luz y don Jaime Pimentel. Esta relación matrimonial simboliza el compromiso de los ideales promulgados por los krausistas sobre el matrimonio. Para doña Luz, su matrimonio se revela como un cruel engaño manipulado por su marido para aprovecharse de su herencia. Refiriéndose a los matrimonios interesados, el autor de la *Minuta* escribe que «deseaba que se penetraran de lo indigno que era convertir la santidad del matrimonio en una venta infame; que no estimasen a una persona por sus bienes de fortuna... que considerasen la riqueza como un accidente, que no debía añadir ni quitar mérito a su poseedor» *(Minuta,* pág. 182). Siendo la riqueza de doña Luz el único motivo de Jaime para casarse con ella, esta unión nunca podrá llegar a ser aceptable o «legítima» según la definición krausista.

Doña Luz reconoce la base inestable y errónea en que se ha sostenido su relación con su marido. Aún antes de casarse, doña Luz confiesa que las atracciones mayores de don Jaime son para ella las físicas y las más superficiales: «La elegancia de don Jaime, su discreción, su fama de valeroso soldado, la noble gallardía de su persona, todo me inclinaba a quererle bien y mucho» (pág. 83). Se ven censurados en la *Minuta* los matrimonios celebrados «por móviles que no son los debidos ni los racionales», los que se inspiran en «la impresión frívola o ligera, el instinto ciego y brutal» *(Minuta,* pág. 179). Cuando fracasa su matrimonio, doña Luz criticará con amargura los motivos impuros de su amor

[27] Gumersindo de Azcárate, *Minuta de un testamento* (Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1967), pág. 245. En citas sucesivas se pondrá a continuación de las mismas, y entre paréntesis, el término *Minuta* seguido de la página correspondiente.

al marido: «Apenas vale el amor que le tuve un quilate más que el amor que él fingía tenerme. No, no se fundó mi amor en la estimación de las prendas de su alma, que yo desconocía, sino en vana soberbia satisfecha, y en ciegos instintos, en groseros estímulos acaso, al verle gallardo y bello de cuerpo» (pág. 114).

La razón

Una de las más claras constantes del pensamiento krausista es la exaltación de la razón. El *Ideal* señala que el espíritu humano en su unidad original es «razón o racionalidad, en cuanto sostiene y realiza en sí la unidad de pensamiento y acción» *(Ideal,* pág. 82), e indica que «sobre el ánimo y el corazón reina el espíritu con su indivisible razón» *(Ideal,* pág. 83). Se puede entender el reino del espíritu como la dirección racional sobre los sentimientos; esta guía de la razón debe preceder a las acciones del individuo para asegurar la relación armónica entre «la dignidad de la razón» y «la vitalidad de la naturaleza» *(Ideal,* pág. 91).

Se debe en gran parte el fracaso del matrimonio de doña Luz al dejar de atender a la razón en el momento de elegir esposo. Antes de conocer a don Jaime, doña Luz se considera una persona dirigida por la razón, sobre todo en cuanto a los asuntos de amor. Comenta a Manolita: «Duerma el amor en mi seno. A mi razón serena y fría toca velar para que no le despierte sino quien deba» (pág. 50). Pero esta «razón fría» vacila al aparecer la figura elegante y gallarda de don Jaime. Cuando éste se declara «loco de amor» por doña Luz (pág. 82), ella se siente asustada y recelosa ante tal pasión. Quiere refugiarse en el dominio familiar de la razón y reflexionar sobre sus sentimientos antes de contestar al amor profesado por don Jaime. Ella insiste en que «es menester pensar en el término de estos amores», que no debe «dar en seguida un sí», y que la situación le «obliga a meditar mucho» (pág. 83). No se fía de los sentimientos y teme confundir el amor verdadero con pasiones livianas: «Tengo mis dudas; no veo claro en el fondo de mi alma. ¿Será la vanidad satisfecha, será el pueril contento de verme querida de persona de tanto valer lo que me induce a pensar que yo también... quiero? ¿Es amor esto que siento en mi alma y que me lleva hacia ese hombre?... Todo... es tenebroso y confuso» (pág. 83). A pesar de la prudencia inicial, poco a poco la razón de doña Luz flaquea y se

rinde a las pasiones. Refiriéndose al futuro compañero de su matrimonio malogrado, ella dice: «Apenas lo conozco; no sé si es bueno o si es malo; su entendimiento me parece de menos quilates, [que el del padre Enrique] y, sin embargo me siento arrastrada hacia él» (pág. 83). La dirección racional sobre el corazón de doña Luz cede al dominio de las pasiones; su decisión de casarse, aún sabiendo que puede ser un error, se explica en términos sencillos: «era mujer, y tenía alma, y sentía necesidad de amor» (pág. 87). Su mentor, el padre Enrique, había advertido ya que «a veces las pasiones, que no queremos dominar, ofuscan el entendimiento y lo llevan a que yerre» (pág. 59). El fracaso del matrimonio de doña Luz será la amarga realización de estas palabras del padre.

El conflicto razón-pasión también se establece en *Pepita Jiménez*. El joven seminarista Luis se encuentra en un dilema moral cuando se enamora de Pepita, y mira hacia la razón para que ésta le libre de la lucha entre el amor terrenal y el deber religioso. Antes de confrontar su primera experiencia amorosa, Luis, como doña Luz, se considera un individuo dirigido por los dictámenes de la razón. La educación que recibe de su tío le ha enseñado a pensar, a reflexionar, a «analizar lo que el alma siente; a buscar su origen, bueno o malo; a escudriñar los más hondos senos del corazón; a hacer, en suma, un escrupuloso examen de conciencia» (pág. 122). En una carta escrita al tío, el joven le asegura que dicha instrucción le ha ayudado a superar las pasiones mundanas: «Yo no he tenido ni tengo pasión alguna que vencer: todas mis inclinaciones bien dirigidas, todos mis instintos buenos y malos, merced a la sabia enseñanza de usted, van sin obstáculos... al mismo propósito» (pág. 130). Aún cuando reconoce cuánto le atrae Pepita, tiene confianza en el predominio de la razón: «Desde luego noto que el imperio de mi voluntad... es omnímodo sobre todos mis sentidos» (pág. 143). Pero va desapareciendo tal control cuando Pepita empieza a obsesionarle. Refiriéndose a ella, el enamorado dirá: «Ni hablo ni discurro con juicio, porque estoy todo en ella... Su espíritu se infunde en mí al punto que la veo, y me posee, y me domina, y me humilla» (págs. 148-149). Creyéndose llamado a una vida religiosa, Luis tiene el fuerte deseo no sólo de recuperar la dirección racional y fría sobre su corazón, sino de reprimir los sentimientos amorosos que nacen allí; lejos de declararse a Pepita, decide que «lo mejor es callarme; combatir en silencio, si la

tentación llega a asaltarme de veras, y tratar de abandonar cuanto antes este pueblo» (pág. 147).

La vocación religiosa que piensa seguir Luis, hace imposible el matrimonio, y debido a esta situación, Pepita se encuentra obligada a dominar su pasión por el seminarista. Dice al señor vicario: «Yo me dominaré; yo me venceré... ¿No es verdad que sería bochornoso que don Luis supiera dominarse y vencerse y yo fuera liviana y no me venciera?» (pág. 158). Pero si intenta vencer su amor por Luis, no es porque lo crea falso, impuro o fundado en pasiones ligeras. Es cierto que Luis atrae a Pepita físicamente; ella confiesa: «Me he fijado... en la gallardía de su persona, en la natural distinción y no aprendida elegancia de sus modales, en sus ojos llenos de fuego... en todo él, en suma, que me parece amable y deseable» (pág. 156). Sin embargo, su amor no se despierta por lo físico solamente. También Pepita aprecia y alaba la inteligencia de don Luis y dice de él que «no hay ciencia que no comprenda, ni arcano que ignore, ni esfera encumbrada del mundo intelectual adonde no suba» (pág. 158). El desequilibrio peligroso entre la razón y la pasión que caracteriza al amor de doña Luz se ve armonizado en el afecto de Pepita por Luis. La decisión de los dos jóvenes de casarse no será el resultado ni de un examen frío de la razón ni de las pasiones ardientes, sino de un profundo amor personal que sabe armonizar el espíritu y corazón —la razón y los sentimientos— y ponerlos en un «acorde sostenido donde todas las fuerzas funcionan según recta medida, moviéndose con libertad, con gracia y con carácter individual» *(Ideal,* pág. 91).

La importancia del equilibrio entre razón-pasión también se expresa en el personaje del padre Enrique. El sacerdote devoto es una persona de «singular discreción y prudencia» (pág. 54) que lleva una vida tranquila y ordenada al seguir los dictámenes de la razón. Cuando su fervorosa amistad con doña Luz despierta nuevos sentimientos, el padre los mantiene en armonía con la razón; la influencia que ella ejerce sobre su espíritu no lo domina: «ella se enseñoreaba ya por entero del espíritu de él, aunque con cierta subordinación y dependencia de otros sentimientos e ideas de valer muy superior, los cuales prevalecían sobre aquella nueva poderosa influencia» (pág. 65).

Pero una vez perturbado aquel equilibrio, el padre se encontrará agitado y atormentado por su pasión por doña Luz. Su inquietud emocional trastorna su «entendimiento frío, calculador» y le hace incapaz de concentrarse en la obra religiosa que

escribe: «Un mar de pensamientos y de sentimientos se agitaba en su espíritu, como si viniese sobre ellos el más violento huracán, barajándolo y revolviéndolo todo, por donde, en vez de una creación armónica, brotaba el caos tenebroso» (pág. 90). El padre reconoce su amor por doña Luz en una confesión escrita para sí mismo, en la cual maldice las «malas pasiones» y los «sentidos groseros» que conmueven su paz interior (pág. 94). Sin embargo, el padre no se deja rendir a las emociones y recurre al poder de la razón para salvarse: «Como hombre acostumbrado a vencerse, con gran dominio sobre sí, y en extremo vergonzoso de todo acto que ofendiese la dignidad de su persona, el padre se calmó, compuso su semblante, procuró darle la expresión habitual y empezó desde entonces a trabajar para aparecer impasible y sereno» (pág. 94)[28]. Se decide a ahogar por completo sus sentimientos y negarles expresión o salida alguna: «Ni en un suspiro, ni en una mirada, ni en una palabra, por sutilmente que quisiera interpretarse, reveló jamás el padre Enrique... la tempestad oculta en el centro de su alma» (pág. 98). Disimula su pasión con tanto éxito que doña Luz dirá: «O el padre tiene para sí propio un dominio inverosímil o no me ha amado jamás» (pág. 88). Pero a través de sus esfuerzos para superar la pasión, el padre ha eliminado el equilibrio precario que se debe mantener entre espíritu y cuerpo; las consecuencias son funestas: «En esta dominación tiránica con que su espíritu angustioso quiso imponer e impuso al cuerpo que no dejase traslucir su dolor ni en ayes, ni en llanto, ni en una contracción siquiera de los músculos del rostro, ideó el padre el más espantoso de los martirios, verdadera venganza, rudo castigo de su culpa, si culpa hubo» (pág. 99). Empieza a sufrir ataques nerviosos hasta que se queda en un estado comatoso. Según la interpretación krausista, su enfermedad representa el fracaso de la coexistencia armónica de espíritu y cuerpo; el *Ideal* recuerda la importancia de la naturaleza, la cual «tiene en sí su bondad esencial... Mutilarla en nuestro cuerpo... menospreciarla como mero instrumento de los fines del espíritu... es olvidar la ley de armonía divina en la humanidad» (*Ideal,* pág. 92).

[28] Este recurso a la razón refleja una idea expresada en la *Minuta:* «Para que el hombre salve su integridad moral en medio de las agitaciones de la vida presente, la razón ha de venir en ayuda del sentimiento» (pág. 99).

El Panenteísmo

Los krausistas explican la relación entre Dios y el mundo a través de la teoría filosófica del panenteísmo. Según esta teoría, todos los seres finitos están en Dios, y Dios está con permanente inmanencia en las cosas. La esencia de los seres radica en Dios, porque Dios da esa esencia; está en Dios como en su fuente. Todas las cosas existen por Dios, mediante Dios y en el Ser Supremo tienen su fundamento y su razón primaria. Que la esencia soberana comprenda, penetre y contenga lo existente finito no es decir que las cosas son Dios. La idea panenteísta de que ninguna esencia en el mundo está separada de la divina pero que tampoco se confunde con ella está comentada por Luis de Vargas: «Dios... penetra las almas santas y las llena por tal arte, que así como un metal que sale de la fragua, sin dejar de ser metal reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchan de Dios y en todo son Dios, penetradas por dondequiera de Dios, en gracia del amor divino» (pág. 177). Esta idea se reiterará en boca del padre Enrique: «El ambiente bañado y penetrado todo de rayos de sol parece luz de oro y sol y no aire...; y por igual manera, en cuanto la comparación material es posible, el alma que se unió con Dios parece Dios» (pág. 92). Los krausistas sostienen que «todo ser y vida finita... vive semejante a Dios» *(Ideal,* pág. 92), pero hacen hincapié en que «ningún ser ni vida finita es aniquilada en Dios» *(Ideal,* pág. 275); el *Ideal* señala que en la unión entre Dios y los seres finitos, no son éstos «suprimidos en Dios o identificados con Dios, sino que los seres finitos quedan... siempre en la relación de la criatura al creador, de lo finito a lo infinito, de la parte al todo» *(Ideal,* pág. 270). De acuerdo con el *Ideal,* el padre Enrique comentará que «lejos de quedar el alma, al unirse con Dios, inerte y como vacía y sin conciencia, logra conciencia más clara y distinta» (pág. 61), y que «nuestro ser individual, aún en el éxtasis, no se esfuma, ni se desvanece, ni se desmaya... No se pierde el alma de los místicos cristianos en la esencia suprema» (pág. 62).

Tanto en sus ensayos como en las novelas, Valera defiende el panenteísmo de los krausistas contra los ataques de los católicos tradicionalistas que igualan aquella idea a la del panteísmo. El novelista escribe que «Krause no es panteísta, sino panenteísta. Y su panenteísmo se asemeja al que expresa sencillamente en su *Doctrina cristiana* el padre Ripalda: "Dios está en todo lugar, por

esencia, presencia y potencia"»[29]. Valera suele comparar la ideología religiosa de los krausistas con el misticismo cristiano. Señala que la manifestación divina, según los krausistas, «se parece a la que conciben los místicos cristianos, y se aparta por un abismo de la creación del Yo absoluto, de la Idea, del Ser idéntico y todo de Fichte, de Schelling y de Hegel»[30]. Valera atribuye a los krausistas el mérito de haber llegado por el proceso científico al mismo término de lo que los cristianos místicos saben por fe, «al conocimiento de que Dios está en todas partes, llenándolo todo; de que en Dios nos movemos, vivimos y somos, como decía el Apóstol; de que, como decía San Agustín, yo no tendría ser si no estuviese en Dios, y ninguna cosa de las que son sería, si Dios en ella no fuese»[31]. El autor vuelve a referirse al panenteísmo krausista en *Pepita Jiménez;* Luis dice que «amar a Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios, y Dios está en todo por inefable y alta manera» (pág. 127). El padre Enrique afirma algo similar en un discurso sobre Dios y la fe cristiana: «Como el alma ama a Dios y todo está en Dios, el alma lo ama todo amándole» (pág. 61).

El *Ideal* concibe una relación triangular entre Dios y el mundo: «el espíritu reúne en sus individuos a la naturaleza en unión esencial, en humanidad, y... unidos en este tercer ser [viven] ambos seres opuestos su vida íntima, bajo Dios y mediante Dios» *(Ideal,* pág. 34). Según la *Analítica* de Sanz del Río, el esquema de este ser tiene la figura de una lenteja[32]. En una polémica surgida en 1875 sobre el panenteísmo krausista, Ramón de Campoamor se burla de los krausistas, los «caballeros de la lenteja», y de este esquema en que «el caballo y el caballero no son, como para nosotros, dos cosas distintas, sino que en las constituciones de esta orden [el krausismo] el caballo y el caballero forman una especie de ser fantástico»[33]. En una contestación dirigida a Campoamor, Francisco de Paula Canalejas explicará la comparación krausista de la humanidad con una lenteja: «El esquema es una

[29] Juan Valera, «Notas a "La metafísica y la poesía"», *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1681.

[30] Valera, «Notas a "La metafísica y la poesía"», pág. 1681.

[31] Juan Valera, «Sobre la enseñanza de la filosofía en las universidades», *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1459.

[32] La parte que dos esferas tienen en común al compenetrarse sólo por un lado tiene la forma de una lenteja: de aquí toman los krausistas su famosa imagen.

[33] Ramón de Campoamor, prólogo a «Dudas y tristezas», en *Obras completas,* t. 3 (Madrid, Imprenta de Felipe González Rojas, 1902), pág. 19.

representación plástica para la fantasía en la que se figura geométricamente la relación de los seres, y dada la diversidad de la naturaleza humana espiritual, corpórea, etc. con el espacio producido por intersecciones de figuras que representan el espíritu y la naturaleza, se dibuja la complejidad de la humana»[34]. Refiriéndose a la crítica de Campoamor de que esta representación «lleva el nombre de la más vulgar de las legumbres»[35], Canalejas pregunta: «¿Quita ni pone a la verdad de la doctrina, que la figuración geométrica de estas esencias sea más o menos bella y se preste más o menos a ejercicios de agudeza y discreteo?»[36].

En 1873, dos años antes de esta polémica sobre el panenteísmo, Valera se refiere al motivo de la lenteja en el ensayo «El racionalismo armónico». Describe una tertulia en la que se discute que «la humanidad tiene la figura de una lenteja en el *schema* del ser»[37]. Hace una referencia más explícita a esta figura en *Doña Luz*. Utiliza el esquema de la lenteja para explicar la relación amistosa entre doña Luz y el médico don Anselmo: «Ahora que están en moda los *schemas,* podremos representar los espíritus del médico y de la señorita como dos esferas muy escéntricas, pero tocándose y compenetrándose por un lado, donde forman sendos casquetes unidos por la base; algo idéntico a la humanidad en el *schema* del ser, a la *lenteja* que los krausistas han hecho tan famosa. Don Anselmo y doña Luz tenían, pues una lenteja espiritual mancomunada, donde se entendían a maravilla, quedando el resto de la esfera de cada uno desconocida e inexplorada por el otro» (pág. 44).

Conclusiones

La ideología krausista, importada de Alemania por Julián Sanz del Río en 1843, representa en España no sólo un movimiento intelectual sino una nueva actitud ante la vida; su influencia penetra todos los aspectos de la sociedad española: la política, la religión, la educación y el pensamiento.

---

[34] Francisco de Paula Canalejas, «Polémicas sobre el panenteísmo», en *Obras completas,* de Ramón de Campoamor, t. 3 (Madrid, Imprenta de Felipe González Rojas, 1902), págs. 69-70.

[35] Campoamor, prólogo a *Dudas y tristezas,* pág. 19.

[36] Canalejas, *Polémicas sobre el panenteísmo,* pág. 70.

[37] Juan Valera, «El racionalismo armónico», en *Obras completas,* t. 2 (Madrid, Editorial Aguilar, 1947), pág. 1515.

La literatura de aquella época no puede menos que reflejar la difusa presencia de la filosofía, y se perciben con claridad las huellas krausistas en varias obras de los escritores más destacados de entonces: Galdós, Clarín, Pereda... Juan Valera discute el krausismo en numerosos ensayos suyos, y en varias ocasiones sale en defensa de los krausistas contra los ataques de los neocatólicos y los tradicionalistas. Valera también se interesa en el panenteísmo krausista, que él compara con el misticismo cristiano. Es precisamente el empeño de Valera en demostrar la relación entre el panenteísmo y el misticismo lo que le inspira a escribir su primera novela, *Pepita Jiménez*. En este estudio se ha señalado la presencia krausista en los mundos de *Pepita Jiménez* y *Doña Luz* a través de diversos temas —la mujer, el matrimonio, la razón, y el panenteísmo— en los que se ha destacado la relación entre las ideas postuladas en el *Ideal de la humanidad para la vida* y las desarrolladas por medio de los personajes en las novelas.

Las protagonistas de las dos novelas encarnan las características propias de la mujer postuladas por los krausistas; según el *Ideal,* la mujer es un ser igual al hombre, tiene los mismos derechos que tiene el varón, y debe mejorarse a través de la educación. De acuerdo con ello, doña Luz y Pepita Jiménez prueban ser equivalentes a los hombres que las rodean; se destacan por su inteligencia, su afán de saber y hasta por su destreza ecuestre. Aunque la instrucción formal de Pepita ha sido inferior a la de doña Luz, las dos mujeres reconocen la importancia de la educación y siempre muestran un vivo interés en ampliar y perfeccionar sus conocimientos.

Los matrimonios más sanos en las dos obras son los que se basan en los principios fundamentales definidos en el *Ideal:* el profundo amor personal, la igualdad y la armonía. A través del aprecio, apoyo y respeto mutuos, Pepita y Luis, así como Manolita y Pepe Güeto, realizan un matrimonio feliz. Las relaciones de doña Luz y don Jaime Pimentel resultan un fracaso completo por representar todo lo contrario de las ideas sobre el matrimonio señaladas en el *Ideal.* Los motivos de su unión son los más impuros e ilegítimos según los krausistas; se fundan en intereses monetarios, en orgullo y en pasiones livianas.

La importancia del equilibrio entre razón y pasión a la que se da énfasis en el *Ideal,* se destaca en *Pepita Jiménez* y *Doña Luz.* Siguiendo las premisas krausistas, la razón no debe reprimir los sentimientos, sino dirigirlos. Mientras que los personajes mantie-

nen una relación armónica entre razón-pasión, llevan una vida tranquila y ordenada. Así viven el padre Enrique y doña Luz antes de confrontar el amor por primera vez. Cuando se enamoran —el padre de doña Luz y ésta de don Jaime—, los dos sufren al perder el equilibrio necesario entre la razón y los sentimientos. Doña Luz, rindiéndose a sus emociones, verá fracasar su matrimonio; el padre Enrique cae enfermo al sofocar, por medio de la razón, toda salida y expresión de sus sentimientos. En cambio, Pepita y Luis consiguen una vida feliz por medio de un amor que sabe armonizar el espíritu y el corazón.

El *Ideal* se caracteriza por un profundo sentido religioso, y explica la relación entre Dios y el mundo por medio de un sistema panenteísta. Según esta teoría, Dios está en todo lo finito, y todo lo finito está en Dios, como en su fuente. Esta idea se ve reiterada a través de las dos novelas, sobre todo en boca del seminarista Luis y el padre Enrique. No quiere esto decir que los personajes se consideren panenteístas, sino que se percibe cierta simpatía, incluso rasgos panenteístas.

Se ha visto a través de los temas analizados en *Pepita Jiménez* y *Doña Luz* la presencia de la ideología krausista en los órdenes más importantes de la vida humana. Los personajes de esas novelas no sirven como portavoces de esa ideología, pero por medio de ellos se destaca la más importante contribución del krausismo a la sociedad española: una nueva actitud y perspectiva ante la vida moderna.

[*Homenaje a Luis Morales Oliver,* Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, págs. 221-236.]